

Othman, familiar cuyo influjo sufría á menudo el visir, fué enviado á los desiertos de la Meca.

La muerte libró al serallo de la dominacion de la sultana Safiyé, mujer, madre y abuela de tantos príncipes, despues de catorce años de retiro, dejó la autoridad en el serallo á la sultana Koesem, apellidada *cara de luna*, esposa favorita del sultan Achmet I. Los hermanos aun niños del padischah reinante, Murad, Suleiman, Kasim, Ibrahim, eran hijos de esta sultana. Miétras gozó de ascendiente en el ánimo de Achmet, mantuvo relaciones amistosas con su rival, la sultana Mahfiruz, es decir, *favorita del astro de la noche*, y madre de Othman. Estas dos mujeres se habian prometido continuar amándose y sosteniéndose mutuamente por el interés de la vida de sus hijos, cualesquiera que fuese su destino despues de la muerte de Achmet.

Mahfiruz, fiel á su promesa, autorizó á su hijo Othman para que visitase en el antiguo serallo á la sultana Koesim. Este palacio y estos jardines, especie de necrópolis viviente de las potencias caidas y de las beldades repudiadas, no eran visitadas nunca por los soberanos que ocupaban el trono. Sus madres y sus esposas hubieran visto con celos estas comunicaciones entre el antiguo y el nuevo haren. Othman II fué el primero que infringió en obsequio de una fa-

vorita de su padre estos escrúpulos recelosos de su cóрте. Aceptó una fiesta interior que le dió la sultana Koesem, y pasó cuatro dias y cuatro noches en el antiguo serallo, encantado con las conversaciones de su suegra, sin excitar los celos de su madre.

## XVII

Una intriga de los polacos con Gratiani, príncipe de Moldavia, hizo estallar las hostilidades entre la Puerta y la república de Polonia. Iskender-bajá presentó la batalla á los polacos en la llanura de Moldavia. Veinte mil sármatas muertos en el combate y diez mil prisioneros pasados despues á cuchillo como rebeldes, fueron las consecuencias de esta guerra. Los polacos propusieron el volver á pasar el Dniester, pagar cien mil ducados por los gastos de la guerra y doblar el tributo anual. Enviaron rehenes y los pidieron á Iskender-bajá para afianzar la seguridad de las negociaciones. Iskender-bajá designó al príncipe tártaro Cantimir para rehen de los turcos enviado á los polacos. « ¿Te has hecho infiel? » exclamó Cantimir, cuando Iskender le habló de entregarlo al

campamento de los polacos : « treinta años hace que  
« mi sable se tiñe con la sangre de sus padres y de  
« sus hijos, ¡ y tú quieres entregarme para que me  
« asen á fuego lento! Con esos polacos sin palabra  
« no se puede hablar mas que con el sable » y se re-  
tiró, dice Naima, con los ojos inyectados de sangre,  
como un vaso lleno de vino.

Los rehenes á quienes hizo Iskender la misma pro-  
posicion, rehusaron como Cantimir. Los polacos re-  
trocedieron en desórden hasta el Dniester. Al llegar  
á la márgen del rio, se sublevaron, segun su costum-  
bre, contra su general, que queria ordenar el paso  
del rio y salvar en primer lugar la caballeria. Du-  
rante la sedicion, los turcos y los tártaros alcanzaron  
á los polacos desbandados. Gratiani, el príncipe de  
Moldavia, víctima de su provocacion á la revuelta,  
fué muerto en la derrota y su cabeza enviada á Con-  
stantinopla. Kalinowsky ahogado con su caballo en el  
Dniester, Zolkiewsky alcanzado en la orilla, guarne-  
ció con su cráneo la puerta del serrallo; Koniecpols-  
ky, el único perdonado de los jefes de aquella nobleza  
valiente y turbulenta, fué encerrado en el castillo de  
las Siete Torres. Cuarenta mil cadáveres polacos que-  
daron en las orillas del rio. Estos triunfos exaltaron  
el orgullo y la insolencia de Ali el Hermoso; á todos  
los enviados cristianos los trató como á vencidos.

El padre político de Gratiani llamado Borissi,  
agente de la república de Venecia, fué extrangulado,  
por haber expuesto las quejas de su nacion : el em-  
bajador de Hungría y de Bosnia, países sometidos al  
Austria y rebelados contra su emperador Fernando II,  
que acababa de ofrecer sus armas á los otomanos,  
fué amenazado con el cordon ó la bastonada en pleno  
divan.

Las extorsiones del gran visir llenaban las arcas  
del tesoro del sultan. Hizo presente á su señor en las  
fiestas del Bairam de diez y ocho jóvenes mahometa-  
nas, veinte caballos de Persia y cien caftanes borda-  
dos de perlas. El defterdar ó tesorero del imperio,  
demasiado moderado en sus exacciones, fué encar-  
celado en las Siete Torres, y dos millones de oro de  
su fortuna confiscados. A la isla de Chipre se le im-  
pusieron cincuenta mil ducados mas á su contribu-  
cion ordinaria. La Persia y la Puerta cambiaron pre-  
sentes cuya lista asombra hasta la imaginacion  
oriental. Mil vasos de porcelana de China, cuarenta  
tapices de terciopelo, sesenta de pelo de camellos  
nonatos, caballos, elefantes, tigres, rinocerontes, en  
fin, jóvenes esclavas de extraordinaria belleza, cimem-  
taron la falsa y precaria amistad de los dos pueblos.

Un crimen de estado ensangrentó estas magnifi-  
cencias : un hermano del sultan, el príncipe Moham-

med, que no era hijo de Mahfiruz, cuyo delito era inspirar demasiada esperanza á su madre por su precoz inteligencia y carácter viril, fué estrangulado el 12 de enero de 1621 por los mudos; la razon de estado no perdonaba á la naturaleza, no se podia vivir sino con condicion de embrutecerse: « Othman, « Othman, » exclamó la víctima viendo á los mudos que se acercaban á arrancarlo de los brazos de su madre, « yo ruego á Dios que abrevie tus dias y destruya tu imperio. ¡Ojalá te arranque la vida, como « tú me la arrancas á mí! »

El gran visir enfermo ya del mal de piedra, en el momento en que inspiraba esta feroz prudencia al sultan, no sobrevivió mucho tiempo á este crimen. Un albanés fanático y estúpido, llamado Husseinbajá le sucedió. Salia de los bostandjis, de donde habia entrado en los genizaros. Su máxima única de gobierno era que la tierra pertenecia al sultan, y que la voluntad de su señor era una órden del cielo. Era uno de esos hombres absolutos por ignorancia que llevan la autoridad al exceso, es decir, á su ruina; se apresuró á empeñar al jóven Othman, que acababa de cumplir diez y ocho años, en una guerra inútil contra la vencida Polonia.

En el camino de Andrinópolis, el sultan que iba á caballo á la cabeza del ejército, fué abordado por

cuatro dervises que salieron de improviso del arco de un puente para pedirle limosna á grandes voces. Sus ayes, sus andrajos, sus gestos, hicieron encabritar al caballo de Othman. Su terror lo enfureció, y las cabezas de los cuatro mendigos rodaron á un gesto suyo á los piés de su caballo.

## XVIII

Despues que hubo llegado á la orilla derecha del Danubio, Othman II, en tanto que se construian los puentes para atravesar el rio, se presentaba á las tropas cubierto con la coraza de su abuelo Soliman el grande, cuyas hazañas pretendia imitar. Limitábase sin embargo sus heróicos hechos á disparar flechas contra los prisioneros y á herirlos como quien tira á un blanco inanimado. Esta crueldad á sangre fria indignaba á sus mismos soldados.

Los sesenta mil polacos, que mandaban los príncipes hereditarios, rechazaron en Choezim el ataque de los turcos y de los tártaros. El gran visir fué destituido en castigo de este reves. Dilawer, bajá de Diarbekir, apellidado el *Intrépido*, recibió el sello del

imperio. Apoyados entónces los polacos por el Austria, la Francia, la Rusia, el papa y la Hungría, pelearon con constancia contra los cien mil turcos del sultan. Pérdidas iguales despues de una larga campaña produjeron una paz en la que ninguna de las dos potencias ganaba ni perdia mas que la sangre vertida por doscientos mil hombres.

Othman II, aguijoneado por el deseo de volver á Constantinopla, encontró en Andrinópolis á la jóven esclava favorita que acababa de darle su primer hijo. Esta odalisca era rusa como Roxelana, y como ella ejercía mucho influjo sobre Othman á quien tenia fascinado. Su nombre era Miliclia. Nacida en una cabaña, robada en su niñez por los tártaros, ofrecida en presente á causa de su belleza al gran visir Murad en el reinado de Achmet I, pasó á la muerte de este anciano á poder de Mustafá, jefe de los eunucos negros, que la amó como padre, la educó como á una hija propia y la dió la libertad. Habiéndola visto un dia Othman al visitar al jefe de sus eunucos, quedó deslumbrado con sus hechizos; pidió al jefe de los eunucos que se la cediera, pero este le declaró que no podia, sin violar la ley, ceder una jóven libre mas que al hombre que quisiera hacerla su esposa. No vaciló Othman en aceptarla á este precio. Se casó con ella y pronto tuvo un hijo de esta union. Acre-

centada su pasion con el júbilo de ser padre, hizo reinar á la esclava rusa sobre todas las mujeres de su palacio así como ella reinaba en su corazon.

En Constantinopla halló á su antiguo preceptor, el khodja-Omar-Effendi, que habia vuelto de su destierro de la Meca despues de la muerte de su enemigo Ali *el Hermoso*. Este khodja y el kislar-aga-Suleiman, autor del fratricidio del infortunado sultan Mohammed, se entendian para gobernar de concierto con su jóven soberano. La sultana rusa amada cada vez mas desde que era madre, daba fiestas y espectáculos en el serrallo.

En uno de estos en que la sultana hacia representar las escenas militares de la guerra de Polonia, reventó un fusil y mató al hijo de la sultana favorita y de Othman. El temor de dejar el imperio sin heredero decidió al sultan á casarse con cuatro mujeres. Su política lo inclinó á escojer jóvenes libres, hijas de los mas altos dignatarios de su imperio. Despues de haberse unido con una hija de Pertew-baja, celebró esponsales con la del mufti.

## XIX

Ménos peligroso es para un déspota violar las leyes que las costumbres de su pueblo; los murmullos de los genizaros y del pueblo se pronunciaron contra esta infraccion de los usos de los sultanes en la eleccion de sus esposas. Se temió que el parentesco con las familias á que Othman se aliaba así, se juzgase un derecho al trono en su descendencia. Alguna parsimonia de los ministros en las gratificaciones dadas á los spahis en tiempo de guerra, la reduccion de la tasa de un ducado de oro por cada cabeza de los enemigos en el campo de batalla, en fin la partida próxima é impopular de Othman á la Siria con la flota que iba á atacar á Fakhr-Eddin, emir de los druzos, cambiaron en pocos dias las murmuraciones en sedicion.

El gran visir y el muftí se oponian en vano á esta partida del padischah; el jefe de los eunucos negros y el preceptor estaban acordes para aconsejarle esta peregrinacion á los Santos Lugares; su piedad supersticiosa veía una gloria santa en ser el primero

que visitase la Meca. La celebracion de la boda con la hija del muftí no hizo mas que suspender por algunos dias la expedicion.

Un sueño lo precipitó : Othman soñó la noche de su boda que el Profeta se habia acercado con aspecto irritado á su trono, y lo habia herido en el rostro. El preceptor, consultado acerca de la interpretacion de este sueño, respondió que era una advertencia severa del Profeta, enojado con el sultan porque diferia la peregrinacion al sepulcro de Medina. Esta interpretacion le pareció un oráculo. El muftí resistió valerosamente al partido fanático que impelia al sultan á una ausencia impolítica de su agitada capital. Othman desgarró con cólera el fetwa del muftí, en el que este supremo intérprete de las leyes religiosas declaraba que la peregrinacion no obligaba á los soberanos. Un vértigo sagrado lo arrastró á su perdicion.

Mandó plantar sus tiendas en Scutari, primer alto de las tropas que partian para el Asia. A esta orden, los genizaros y los spahis se amotinaron y apedrearon á los chiaux que habian acudido á reprimir la sedicion en nombre del gran visir. Convencidos de que esta partida del soberano sin ellos no tenia mas objeto que el pensamiento concebido por los favoritos de Othman de alistar genizaros y spahis extranjeros

en Siria, y de atentar así á sus privilegios y á su monopolio militar, se reunieron tumultuosamente en la plaza del hipódromo, y redactaron una cuestion de derecho, presentada en estos términos al muftí.

« ¿ Es lícito matar á los consejeros que excitan al  
« sultan á innovaciones ilegales, y que dilapidan los  
« bienes de los verdaderos musulmanes ? »

El muftí, sin transigir con el peligroso capricho de su yerno, respondió que era permitido tal homicidio. Esta respuesta legitimó la insurreccion.

El aga de los genizaros y los oficiales de los regimientos que formaban la guarnicion de Constantinopla fueron arrojados á pedradas del hipódromo, en donde acampaban los sediciosos. Los genizaros que se hallaban embarcados en la escuadra anclada en el mar de Mármara, cerca del castillo de las Siete Torres, forzaron sus consignas, saltaron en tierra apesar de la oposicion de sus oficiales, y corrieron á unirse con sus camaradas en la plaza del mercado de las carnes. Agrupados delante del palacio del preceptor, lo llamaron á la ventana y le mandaron que bajara *para que fuese á llevar al padischah la palabra de las tropas.*

En vez de obtemperar á esta intimacion, el preceptor se evadió par los jardines, disfrazado de dervis.

El palacio del gran visir, cuya inocencia ignoraban los soldados, fué defendido á tiros contra su ciego furor. Sin armas para penetrar en él, los facciosos fueron á buscarlas á casa de los armeros que vivian cerca del bazar; pero estos los ablandaron con sus súplicas y los decidieron á retirarse. La noche cayó y los llevó á sus cuarteles.

## XX

El serrallo cerrado estaba lleno de turbacion y de consejos diversos. Habiendo convocado Othman II á los ulemas, órganos ordinarios y respetados de la opinion pública, les preguntó cual era la causa de aquellas agitaciones. Respondiéronle que « su viaje  
« á la Meca inquietaba á los soldados, y los inflamaba  
« de cólera contra el preceptor y el jefe de los eunu-  
« cos, á quienes se atribuía esta resolucion. — Id á  
« decir á las tropas, » replicó el sultan con obstinacion, « que consiento en renunciar á mi viaje, pero  
« no en deponer al khodja ni al kislar-aga. »

Las tinieblas y el sueño impidieron á los ulemas el cumplimiento de su mision ántes del amanecer, y

rumores vagos acrecentaron el peligro durante la noche. Se decia á los genízaros que los bostandjis, encerrados en masa en los jardines del serrallo, preparaban una terrible salida á la ciudad; se decia á los bostandjis que los genízaros desembarcaban los cañones de la escuadra para abrir brecha en las puertas y las murallas de los jardines.

## XXI

El sol del 18 de mayo de 1622 se levantó bajo estos auspicios; los genízaros y los spahis, acampados en los vestíbulos y en los patios de la mezquita de Mahomet II, enviaron una diputacion á los ulemas para que se reunieran en conferencia. Contestaron estos que no irian á reunirse en un campamento de soldados sublevados, pero que la verificarian en la plaza del Hipódromo, en donde se podria presenciar su deliberacion. Los revoltosos hicieron con recogimiento la oracion de la mañana, y despues de haber invocado tres veces el nombre de Dios en voz alta, se dirigieron ordenadamente al hipódromo.

El muftí los aguardaba rodeado de los doce prin-

cipales scheiks, ó predicadores de las mezquitas de la capital. Dos secretarios de las tropas, Khalil y Ferridun, presentaron, en nombre de los soldados, una lista de seis víctimas, cuyas cabezas pedian los rebeldes en expiacion de sus crímenes. Estos seis nombres condenados á muerte en la mesa de proscricion eran los del khodja Omar, el kislár-aga ó jefe de los eunucos Suleiman; el seghban-baschi Nassuh, el tesorero general Baki, y por último el gran visir Dilawer-bajá (el Intrépido).

Los ulemas y el muftí, despues de haber disputado acerca de algunos de estos nombres, y particularmente del del gran visir, Dilawer-bajá, tan opuesto como ellos al viaje, se dirigieron al serrallo para presentar á Othman II las condiciones del ejército.

« No os ocupeis mas de esa gente, » les dijo con desden el sultan, « esa chusma sin jefes tardará poco á dispersarse por sí mismo á causa de su anarquía. »

— Padischah, replicaron los scheiks, lo que no se les da á las revoluciones, ellas se lo toman; vuestros ilustres antepasados en semejantes ocasiones han calmado las exigencias haciendo algunos sacrificios en aras de la justicia ó de la necesidad.

« — Callaos, » exclamó Othman con voz imperiosa, « vosotros hablais como si fuéseis los conseje-

« ros de la rebelion, y si pronunciáis otra palabra  
 « mas os haré cortar la cabeza como á vuestros  
 « cómplices. » Los ulemas confundidos guardaron  
 silencio : sus fisonomías expresaron sus temores,  
 mas por la obstinacion que por la cólera del sultan.  
 El viejo Hussein-bajá, antiguo gran visir, hombre  
 fiel y adicto á toda prueba, se echó con las lágrimas  
 en los ojos á los piés de Othman.

« Mi padischah, dijo, ¿ qué somos nosotros delante  
 « de tí? Si los rebeldes piden tambien mi cabeza,  
 « arrójasela en seguida; ¡ olvídanos y piensa en sal-  
 « varte! » Othman se sintió enternecido, pero ine-  
 xorable. Los ulemas y el muftí fueron encerrados  
 como rehenes en los jardines del serrallo, y se dejó  
 que la sedicion tronara fuera de las murallas.

## XXII

Viendo que los ulemas tardaban á traer á la plaza  
 del Hipódromo la respuesta del sultan, los sublevados  
 creyeron que el serrallo se hallaba defendido por  
 bostandjis y artilleros, y que sus parlamentarios ha-  
 bían sido guardados en clase de prisioneros. Uno de

ellos, para ver con su propios ojos la actitud y el nú-  
 mero de los defensores del serrallo, subió á lo alto  
 de un alminar de Santa Sofía, y desde allí observó  
 el interior de los jardines imperiales : estaban de-  
 siertos. La certeza de no hallar ninguna resistencia  
 dobló la audacia de los revoltosos que se reunieron  
 en el primer patio y subieron en tropel á las plata-  
 formas almenadas de las murallas que lo separaban  
 del segundo. Los que no tenían armas cogieron palos  
 en la leñera del patio : é inmóviles en este campa-  
 mento por espacio de algunas horas, parecia que da-  
 ban al sultan tiempo para reflexionar y ceder con  
 dignidad.

Un solo grito interrumpia de vez en cuando este  
 silencio sinistro; el grito que pedia las cabezas del  
 khodja, del eunuco y del gran visir. El único crimen  
 de Dilawer-bajá era haber mandado defender la vis-  
 pera su palacio contra el motin, y obstruido su um-  
 bral con algunos cadáveres de sediciosos armados.

## XXIII

Las puertas del segundo patio giraron sobre sus  
 goznes y las tropas lo ocuparon. La misma especta-



tiva, el mismo silencio y los mismos gritos alternaron allí. Las puertas de *la Felicidad*, guardadas por algunos eunucos blancos se abrieron como las demás al empuje de los soldados armados de palos. Parecía, sin embargo, que vacilaban por un respeto habitual en franquear el umbral abierto por ellos. Uno de los ulemas, sentado en un banco de piedra delante del vestíbulo del palacio, se avanzó hácia los soldados y les dijo á media voz :

« Nuestras palabras no han servido de nada; entrad y hablad vosotros mismos. »

La muchedumbre entró tímidamente al principio, como si no supiera lo que queria hacer. Solo una voz, como siempre, fué el eco unánime de todos.

« Queremos al sultan Mustafá, » dijo esta voz que salia sin deliberacion de la impaciencia desesperada de un solo hombre, ó de la connivencia inspirada á un cómplice por algunos eunucos.

« Sí, sí, queremos al sultan Mustafá, » repitió al instante la multitud, como desembarazada del peso de su incertidumbre.

A esta palabra irreflexiva de los revoltosos, el tropel penetró por las puertas abiertas del palacio é inundó los apartamentos. Recorrianlos al acaso y sin guia, perdiéndose en el laberinto del serrallo y de los

jardines que separan los diferentes kioskos, y vociferando siempre con mas fuerza :

« ¡ Querémos al sultan Mustafá ! »

Todo estaba desierto y silencioso en el dédalo de kioskos, jardines y patios que atravesaban los amotinados. Un ulema, mas conocedor que ellos de aquellos lugares les señaló con el dedo el haren. Hallábase rodeado de una pared fuertísima y sin puertas por la parte de los jardines. Los soldados para franquearlo arrimaron un monton de leña al muro para entrar en el haren por los vidrios de la cúpula.

Miéntras que demolian la media naranja llamando siempre á voces al sultan Mustafá, una voz lejana y tímidamente articulada gritó desde el fondo del haren á los destructores : « El sultan está aquí. »

Esta voz, que se conoció ser la del invisible cautivo, animó con nuevo ardor á los asaltadores. Apesar de las flechas tiradas desde abajo contra ellos por algunos negros, eunucos fieles hasta la muerte á su consigna, tres genizaros descendieron por las cuerdas á los salones del haren, y recorrieron, invocando el nombre de Mustafá, los corredores y los apartamentos del sagrado palacio. Al cabo encontraron en un gabinete al infortunado Mustafá medio tendido en un mal colchon, guardado por dos esclava mudas en pié delante de él.

« Mi padischah, le dijeron cayendo á sus piés los tres genízaros, el ejército os aguarda fuera para coronaros. »

El idiota, insensible á la restauracion como á la caida, les respondió únicamente con una vaga sonrisa: « Tengo sed. » Desde el principio de la sedicion, por crueldad ú olvido no le habian llevado á su retiro de comer ni de beber.

Los genízaros que estaban en el tejado le bajaron agua en un cubillo de cuero, uno de los genízaros que se introdujeron por la cuerda en su prision salió de ella por la puerta, y corrió al antiguo serrallo á anunciar á su madre que su hijo habia sido hallado vivo, y que iba á ser restaurado en el trono de sus mayores.

#### XXIV

En tanto que la madre, que juzgaba á su hijo estrangulado, pasaba de la desesperacion al delirio de la alegría, Mustafá, izado en su colchon á la media naranja, era recibido en los brazos de los genízaros, y trasladado al patio, montado en el caballo del muf-

tí, para mostrarlo al pueblo. Pero cómo su debilidad y su emocion no le permitian, ni aun con la asistencia de sus dos esclavos, que lo sostenian por debajo de los brazos, el tenerse á caballo, lo apearon y lo colocaron en el trono en el salon del palacio. Aturdido por las aclamaciones de la multitud, prosternada en su presencia, rechazaba con un gesto de terror infantil el aspecto de los sables desnudos que deslumbraban sus ojos debilitados por las tinieblas.

Durante esta exposicion de Mustafá I, otras escenas, entre los ulemas y los sediciosos, agitaban los patios exteriores. La proclamacion de Mustafá por la soldadesca era uno de esos azares revolucionarios desbordados, que consternan con el exceso de su victoria á los agitadores de los pueblos ó de las tropas. El muftí, yerno de Othman II y los ulemas, hombres ilustrados, que conocian la imbecilidad del tio de Othman, estaban muy léjos de pensar en destronar á un príncipe mal aconsejado para reemplazarlo con uno incapáz de consejo. Lo que se habian propuesto era sustituir ellos mismos al preceptor y al eunuco. Espectadores desconcertados de la proclamacion y de la presencia del idiota, miraban aquella ovacion como uno de esos delirios del pueblo ó de los soldados que deben reprobear los hombres de estado. Un

altercado violento se habia originado entre ellos y los genizaros, libertadores de Mustafá.

Al oír los primeros gritos de la multitud en favor de Mustafá I se apresuraron á aconsejar á Othman II, escondido en el fondo del haren, que entregase al khodja y al gran visir. Othman, que conservaba á su lado á estas dos víctimas para sacrificarlas en el último trance, á fin de rescatar con ellas su cabeza, acababa de hacer abrir en silencio una puerta secreta del palacio, y de entregar á sus dos amigos al furor de los soldados. Sus cadáveres habian servido de cebo sin saciarla á la crueldad de los asesinos; los gritos de *viva el sultan Mustafá!* continuaban resonando al rededor del serrallo.

« ¡ Insensatos, qué mas quereis ! » decian en vano los ulemas á los soldados; « habeis obtenido mas de lo que pediais; dejad ahora en paz al padischah. »

— « En efecto, hemos logrado lo que queriamos, » respondian irónicamente los soldados y el pueblo; « hemos restaurado á nuestro sultan Mustafá I. »

— « Hermanos y compañeros, » replicaban el muftí y los scheiks, « el sultan Othman os saluda y felicita; él os ha entregado á los que pediais, y os entregará otros si lo exigis, nosotros lo aseguramos en su nombre; pero si volveis á colocar á Mustafá en el trono que no puede ocupar, os preparais á vo-

« sotros mismos y á los otomanos calamidades y arrepentimientos : escuchad á los sabios. »

— « Antes debierais habérmelo dicho, » replicaban los soldados, « ya no es tiempo; hemos descubierto á nuestro padischah Mustafá, y es preciso que lo reconozcais juntamente con nosotros. »

— « No, no, eso no es legal, mientras el sultan Othman esté en el trono, » continuaban diciendo obstinadamente los ulemas.

— « Legal ó no, gritaron los mas impacientes del pueblo y del ejército, « hé aquí lo que os obligará á callar ó á proclamar al soberano, á quien nosotros restituimos el imperio que le pertenece ! »

Los sables, las hachas y los palos levantados sobre las cabezas del muftí y de los scheiks les hicieron comprender que no refrenan una sedicion aquellos que la han desencadenado. Uno de ellos murió de miedo allí mismo, los otros aclamaron al idiota que rechazaban de corazon. Los muezzines, subiendo por su orden á las galerias de los alminares de las mezquitas, proclamaron en la capital al sultan Mustafá I, padischah de los otomanos. Subiéronlo á un carruaje con los dos esclavos compañeros suyos de cautiverio; un mameluco, Dervisch-aga, lo escoltó á caballo haciendo veces de caballero mayor; el pueblo y los soldados tiraron del carruaje y condujeron al

sultán en medio de este sedicioso cortejo al antiguo serrallo para presentárselo á su madre. La madre y el hijo se abrazaron y se felicitaron de haberse librado de la suerte de la sultana Mahfiruz y su hijo, sacrificados pocos días ántes por orden de Othman II.

## XXV

Entretanto el invisible Othman hacia aun temblar á los revoltosos. Corrió el rumor de que habia llegado á Scutari disfrazado, y de que iba á volver con una división de genízaros fieles á vengar sus ultrajes, reconquistar el serrallo y matar á Mustafá I. Temiendo los revoltosos por la seguridad de su ídolo, condujeron al nuevo sultán y á su madre á la mezquita de los genízaros para velar allí durante la noche.

Con efecto, Othman no estaba ya en el serrallo; huyendo del violado recinto del palacio, habia llegado, á favor de la oscuridad, á la playa, en donde sus remeros habian preparado las barcas para trasladarlo á Scutari. Pero el terror del serrallo y de los jardines invadidos por los sediciosos habia hecho abandonar

el puesto á los remeros. Ningun marino podia ayudar á Othman á levar el ancla y á manejar uno de sus caiques. Evadióse con Hussein-bajá, su antiguo visir, por una puerta oculta del jardín, y se refugió en un apartamento de la mezquita de los príncipes, próxima al cuartel de los genízaros, para tratar con ellos de su reconciliación é implorar su apoyo. Hussein-bajá llevaba consigo bolsas de oro para tentar la codicia de los soldados.

En el camino, un servidor de Hussein-bajá dijo en voz baja al viejo visir: «¿Es prudente conducir al sultán tan cerca del cuartel de los genízaros, que acaban de colocar en el trono á otro pádischah?»

— «El imperio y la fortuna,» respondió con una religiosa resignación á la fatalidad el antiguo gran visir, «pertenecen á aquel á que se le dan; poco importa que sea este ó el otro el sultán, con tal que el orden del mundo no sea interrumpido.» El mundo, en la lengua de los hombres de estado otomanos, era la capital del imperio.